Ruy Pérez Tamayo

Los últimos 50 años en la UNAM

La lectura de los cuatro ensayos anteriores no sólo confirmó mi idea de que a partir de 1929, la UNAM ha formado parte de la esencia profunda de México y ha contribuido de mil maneras diferentes a la construcción de nuestra sociedad, sino que también me hizo ver las enormes diferencias *cualitativas* que la UNAM tiene con todas las otras instituciones de educación superior del país. La UNAM ha sido y es grande, múltiple y generosa, como la patria misma; su inmensa riqueza cultural contiene y cultiva amorosamente a todos los valores autóctonos pero los rebasa, proyectándose magnífica en el ancho campo de la cultura universal. Pero la UNAM también ha sido y es contradictoria, absurda y trágica, como la vida misma; los conflictos, las tensiones internas, la demagogia fácil de unos cuantos frente a la siempre tímida y pasiva mayoría, la fresca ingenuidad de los estudiantes frente a la cansada sabiduría de los maestros. Por encima de todo, la terrible vulnerabilidad de la exquisitamente compleja estructura de la UNAM ante los embates de delincuentes, locos, partidos políticos, sindicatos, movimientos "populares", funcionarios (oficiales o privados) y otros agentes externos más, y ante las agresiones de sus propios estudiantes, profesores, investigadores, personal administrativo y autoridades. Esta visión, un poco mesiánica y otro poco apocalíptica, de la UNAM, en realidad no fue consecuencia *sólo* de la lectura de los cuatro ensayos mencionados, sino más bien de la suma de su impacto a mi ya larga vida universitaria. Quizá el lector ya ha revisado las doctas e interesantes ponencias de mis ilustres colegas sobre el papel de la UNAM en la política, la cultura, la economía, la ciencia y la educación superior en nuestro país; en lo que sigue le ofrezco el testimonio de un universitario que empezó a serlo hace poco más de 50 años y que todavía se mantiene activo dentro de la UNAM.

Yo ingresé a la UNAM en el año de 1940. Tenía entonces 15 años de edad y había terminado sin tropiezos el segundo año de la secundaria en el Centro Escolar "Revolución", que entonces ocupaba el edificio más importante y moderno en Arcos de Belén. Recuerdo que como estudiante del primer año de la secundaria (en 1938), antes de entrar a clases nos formaban en el patio y todos, alumnos, profesores y empleados, entonábamos la primera estrofa del Himno Nacional y *toda* la III Internacional. Yo no la conocía pero me la aprendí muy pronto; me gustaban sus melismas épicos y sus palabras de fraternidad, de modo que yo cantaba con más entusiasmo que entonación. Era la época de oro de la educación socialista en México, era el año de la expropiación petrolera. Mi familia era muy pobre pero mis padres estaban aferrados a la idea de que sus cuatro hijos alcanzaran una vida mejor a través de una educación profesional. Cuando el Presidente Cárdenas llamó al pueblo de México a ayudarle con lo que cada quien pudiera para pagar las indemnizaciones a las compañías petroleras expropiadas, mis padres (junto con otras muchas parejas) fueron al Zócalo y entregaron sus anillos de bodas: era todo el oro que tenían.

Pero a fines de 1941 mi madre pensó que el ingreso de su segundo hijo a una carrera universitaria se facilitaría de alguna manera si al solicitar su inscripción en la Escuela Nacional Preparatoria de la UNAM el candidato (o sea yo) lo hacía ya como miembro de la propia institución, en vez de venir de otras escuelas ajenas a la UNAM. Esa fue la razón por la que abandoné el Centro Escolar "Revolución" al terminar el segundo año de mi educación secundaria y me inscribí en el tercer año de la Extensión Universitaria. Recuerdo que este fue un gran cambio en mi vida, uno de los mayores que he experimentado; para empezar, la escuela ya no estaba cerca de mi casa (ya no se podía ir caminando a ella, o corriendo) sino que había que tomar un camión o un tranvía, que se tardaban entre 15 y 20 minutos en llegar desde la colonia Roma hasta el Centro Histórico de la Ciudad de México, que todavía no se llamaba así, y caminar unas tres cuadras hasta la calle de Lic. Verdad, en donde estaba la Extensión Universitaria. En ese mi primer año universitario tuve espléndidos maestros, como Ramírez Cabañas en historia y Cordero Amador en literatura, pero yo no lo supe sino hasta varios años después, cuando me fui enterando de quiénes eran esos caballeros en la vida cultural del país. Con su voz cansada y casi impercetible, su aspecto aindiado y sus corbatas impecables, Ramírez Cabañas nos decía cosas sobre la Guerra de Independencia de 1810 y sobre el Imperio de Maximiliano y Carlota, muy distintas de las que yo había aprendido en años anteriores en los libros de texto "oficiales". En las clases de Cordero Amador oí por primera vez los nombres de José Eustasio Rivera y de Ciro Alegría, y a continuación no sólo me devoró la vorágine sino también

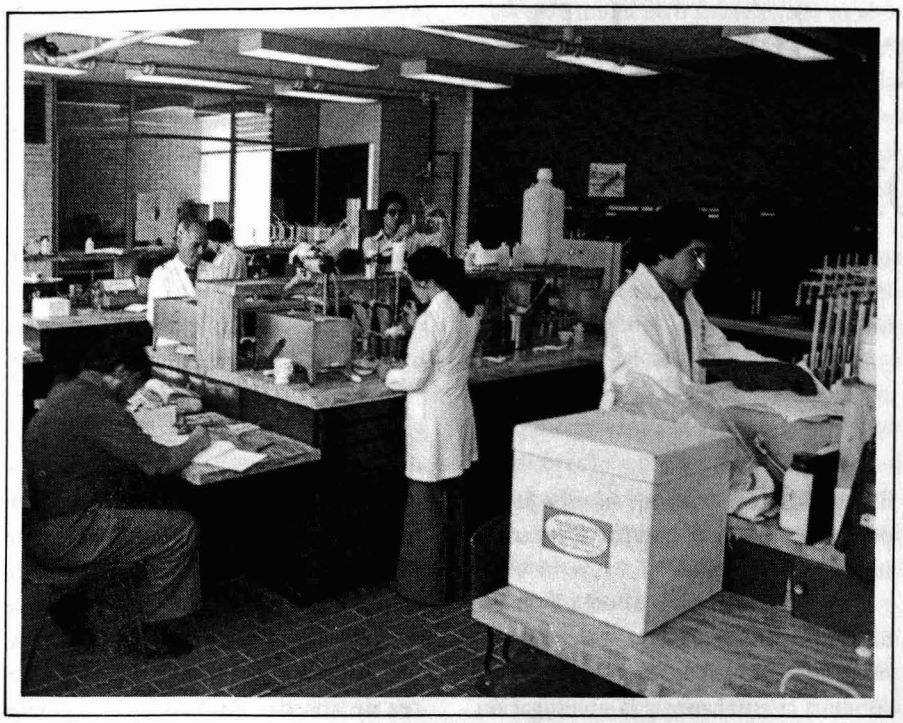
aprendí que el mundo es ancho y ajeno.

Un año se pasa muy pronto. En 1941 ingresé a la Escuela Nacional Preparatoria (entonces sólo había una) en el hermosísimo edificio de San Ildefonso. Mi trasplante de una dependencia de la UNAM a otra fue realmente "automático" y se realizó en forma indolora y eficiente gracias a la Srita. Pimentel, un personaje legendario y angelical (que espero Dios tenga en su Gloria) que atendía una ventanilla en el edificio de Justo Sierra, encargada de absolutamente *todos* los asuntos escolares de la UNAM. La recuerdo inclinada sobre su escritorio, una viejecita de pelo cano peinado en un chongo y cubierta con un chal de lana también gris, que funcionaba mejor que cualquier computadora moderna. Auxiliada por un pequeño ejército de apetecibles jovencitas, escuchaba las distintas solicitudes de cada uno de los estudiantes que llegábamos por turno riguroso hasta su ventanilla, y su reacción casi siempre era: "Ah, sí, ya te conozco... Tengo tus papeles... A ver, Georgina, pásame esa caja que está ahí –le decía a una de sus ayudantes, señalando una caja de zapatos en un estante donde había un centenar de cajas similares, todas ellas rebosando documentos. A ver...mmm...mmm... aquí estás. No, no puedes ingresar a la Facultad de Derecho porque todavía no has aprobado Literatura II en la Preparatoria... Bueno, si me traes la boleta te inscribo. El siguiente..." Las colas para ver a la Srita. Pimentel eran de muchas horas, y a principios de año podían ser de más de un día; yo recuerdo haber llegado a hacer cola a las 11:00 de la noche del día anterior a mi entrevista, equipado de cobijas, lecturas, bocadillos y otros enseres necesarios para hacer la espera menos incómoda, y haber pasado una de las noches más deliciosas e inolvidables de toda mi vida, gracias a la espontaneidad, la camaradería y el espíritu jovial de los otros chavos y no pocos padres de familia que pernoctaron conmigo. El alba en cualquier día del mes de enero puede ser muy fría, pero en un patio de la antigua Rectoría de la UNAM en la calle de Justo Sierra es verdaderamente gélida; la única condición para sobrevivirla es tener 17 años de edad. Como yo la cumplía, ingresé a la Escuela Nacional Preparatoria de la UNAM.

Los dos años de la Prepa fueron extraordinarios. Tuve maestros como Castellanos Quinto en Literatura (realmente, en los tres primeros capítulos del Quijote, porque nunca pasó de ahí), Madame Turrent en Francés, Murillo en Química, Peralta en Física, Larroyo en Ética, Terán en Civismo, y muchos otros más de nombres igualmente ilustres y autores de libros famosos. En ese tiempo ocupaban la cátedra preparatoriana los talentos académicos más preclaros de México; era una distinción y un orgullo ser profesor de la Prepa. Una de las características de la juventud es desaprovechar con verdadera magnanimidad las mejores oportunidades, que además ya no se repiten, en aras de otros intereses que en el momento parecen de importancia suprema, pero que con el tiempo revelan su trivialidad. Yo era muy deportista y en la Prepa formé parte del equipo de basket ball, que capitaneaba mi hermano mayor; los entrenamientos eran prolongados y el tiempo se lo robábamos (con permiso de las autoridades) a las clases. ¡Cuántas horas de Castellanos Quinto, de Licea, de García Baca, y de tantos otros grandes profesores, me perdí por brincar y correr detrás de una pelota! Sin embargo, como en el primer año aprobé todas mis materias y además ganamos el campeonato universitario de basket, me sentí feliz en la Prepa. Pero en el año siguiente mi hermano mayor pasó a la Escuela de Medicina, y entonces yo me cambié al equipo de natación, lo que me dio más tiempo para asistir a clases.

Hace un par de meses tuve oportunidad de visitar otra vez el edificio de mi antigua Prepa, en San Ildefonso. Lo recorrí con admiración, pero sin un recuerdo vigente de sus patios, escaleras y arcos. El encuentro repentino con Cortés y la Malinche desnudos, en el mural de Orozco, me hizo preguntarme ¿cuántas veces subí corriendo por esta escalera sin siquiera voltear a ver a mis ancestros? En otra escalera un franciscano abraza y besa el cadáver emaciado de un indígena, en una de las imágenes más dolorosas y significativas de la pintura mural mexicana del siglo XX; ¿cuántas veces pasé por ahí sin registrar su profundo mensaje social y su contenido estético? Mis preguntas sólo son posibles porque en esos tiempos, en la Prepa de la UNAM, un joven estaba expuesto a la arquitectura más excelsa del siglo XVIII y a la pintura más avanzada del siglo XX, no sólo de México sino de todo el mundo occidental. El antiguo Seminario de Altos Estudios, que alguna vez dirigió Clavijero, en donde se encuentra El Generalito, un salón amueblado con la sillería tallada más hermosa de este lado del océano (¡yo tomé clases ahí!), uno de los edificios más hermosos de la colonia, decorado por José Clemente Orozco, uno de los más grandes pintores del siglo XX, en donde daban clases los talentos más distinguidos y profundos de su tiempo en México, era la sede de la Prepa de la UNAM. Esto no puede decirse de ninguna otra de todas las instituciones de educación superior del país, ni de esa época ni de la actual.

Terminada la Prepa, seguí los pasos de mi hermano mayor y me inscribí en la Escuela de Medicina de la UNAM. Esta decisión no fue fácil, en primer lugar porque mi familia era muy pobre (la inscripción en la UNAM costaba $ 150.00 anuales, lo que era mucho dinero y desde luego no podíamos pagarlo) y en segundo lugar porque estaba abierta la posibilidad de ingresar a la Escuela Médico Militar, que no sólo no costaba nada sino que desde el primer año ofrecía un sueldo al alumno aceptado. La tradicional postura antimilitarista de mis padres, junto con la posibilidad de obtener "diferición de pagos" en la UNAM, decidió el asunto. Entre 1943 y 1949 estudié la carrera de medicina en la UNAM; mis estudios clínicos los realicé en el Hospital Juárez y en el Hospital General de la SSA. Como en la Prepa, en la Escuela de Medicina estuve expuesto a la influencia de los mejores y más selectos profesores de su tiempo, como Quiroz y Bandera en Anatomía Descriptiva (fui alumno del primero pero asistí a las clases del segundo), Perrín en Histología, Del Pozo en Fisiología, Guerra en Farmacología, Salazar Mallén en Patología General, Negrete Herrera en Propedéutica Quirúrgica, Campos en Anatomía Quirúrgica, Costero en Anatomía Patológica, Ortega



Cardona en Propedéutica Médica, Soberón en Parasitología, Cabrera en Cardiología, Fournier en Gastroenterología, Celis en Neumología, Alfaro en Obstetricia, Álvarez Bravo en Patología Quirúrgica, Tello y Robles en Neurología, Salazar Viniegra en Psiquiatría, etc.

La lista anterior contiene los nombres de muchas de las mayores luminarias médicas de México en la década de los 40-50. Casi todos ellos eran profesores de la Escuela de Medicina de la UNAM en el turno matutino, en su carácter de médicos asistenciales, pero en el turno vespertino ejercían su profesión en forma privada. Sus estudiantes aprendían lo último de las distintas especialidades en el hospital, guiados por los mejores especialistas del país. Yo fui alumno de Enrique Cabrera en Cardiología, de Cosío Villegas y Celis en Neumología, de Latapí en Dermatología, de Pesqueira en Urología, de Salazar Mallén en Inmunología. Ninguna otra Escuela de Medicina de esos tiempos podía presumir de tal profesorado.

Yo terminé de estudiar la carrera universitaria de médico cirujano en 1949. Tal fecha significó muy poco para mí, por tres razones: 1) desde hacía cuatro años, yo ya trabajaba en el laboratorio de mi maestro, el Dr. Isaac Costero, aprendiendo lo que sería mi especialidad médica; 2) desde un año antes, yo ya era profesor en mi propia Escuela; 3) también un año antes, había dejado la casa de mis padres y me había establecido en forma independiente. La UNAM tenía entonces la flexibilidad necesaria no sólo para permitir, sino hasta para patrocinar, un desarrollo tan atípico de uno de sus estudiantes. En 1946, al mismo tiempo que me inscribí en el 4° año de la carrera de medicina, ingresé como estudiante en el laboratorio de Anatomía Patológica del Instituto Nacional de Cardiología. No era becario, no había programa de estudios ni reconocimiento académico, no tenía horario fijo ni tareas definidas, pero en los cuatro años que estuve ahí disfruté de una de las mayores virtudes que posee la UNAM: el libre contacto cotidiano con un gran maestro. Además, también me inicié como profesor, siguiendo la muestra que mi maestro me ponía en sus propias clases, al principio (que sólo duró un par de meses) como ayudante, y muy pronto como encargado de la cátedra, debido al repentino y lamentable fallecimiento del titular. En 1950 obtuve una beca para continuar mis estudios en el extranjero, pero al regresar a México en 1952 me reincorporé a la UNAM como profesor y desde entonces no he dejado de serlo.

A lo largo de mi carrera universitaria he sido profesor de la UNAM durante 15 años en el Hospital General de la SSA, investigador de tiempo completo durante 8 años en el Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM en la Ciudad Universitaria, otra vez profesor durante 10 años en el Instituto Nacional de la Nutrición Dr. Salvador Zuvirán, y una vez más profesor de tiempo completo en la Facultad de Medicina en CU en los últimos 8 años. Esta movilidad sólo ha sido posible gracias a la actitud abierta y generosa de la UNAM, que siempre ha tenido reglas flexibles y humanas para sus miembros. Cuando me enfrenté al primer cambio, del Hospital General de la SSA al Instituto de Investigaciones Biomédicas (que entonces todavía no se llamaba así, sino de Estudios Médicos y Biológicos), tuve que acudir a la oficina del Coordinador de Ciencias de la UNAM para obtener permiso para transportar equipo de investigación (un microscopio electrónico) de una dependencia universitaria a otra. La gestión fue sencillísima, gracias a que el titular era Emilio Rosenblueth, otro gran universitario.

De vuelta en CU, al cabo de más de 50 años de ser universitario, debo decir que lo disfruto mucho. El contacto intelectual con los jóvenes sigue siendo supremamente estimulante; tengo a fácil alcance la consulta con los mejores y más distinguidos intelectos del país en todas las áreas del conocimiento y de las artes. En mi propio campus están la Biblioteca Nacional, ese tesoro humanista casi infinito de nuestra nacionalidad, el Jardín Botánico, con sus centenares de especies vegetales mexicanas conservadas para nuestra información y deleite, y próximamente el Museo de Ciencias, que será una de las aperturas más democrática y más divertida de la UNAM para la sociedad que la patrocina. El Centro Cultural Universitario es una fuente continua de actividades artísticas del más alto nivel, entre las que destacan las temporadas de conciertos de la OFUNAM y de la Orquesta Sinfónica del Palacio de Minería.

En sus últimos 50 años, la UNAM ha sido madre generosa de la sociedad mexicana. Como documento probatorio de tal aserto, he relatado algunos aspectos del impacto de la UNAM en la vida de uno de sus miembros. La historia ha sido de un gran éxito. Esperamos que lo siga siendo. ◊